

Brian Panowich

Como leones

Traducción del inglés de
Virginia Maza

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*Para Neicy.
Para mamá.
Y para mis cachorritas,
Talia, Ivy y Olivia.*

*«Strike a few matches
Laugh at the fire
Burn a few edges
Put them back in a pile
Swing from the pain that
I don't want to kill
It's time to go play in a minefield»*

TRAVIS MEADOWS

«Si tienes que atravesar el infierno, no te detengas».

WINSTON CHURCHILL

Prólogo

Bull Mountain (Georgia)

1972

Annette conocía al dedillo hasta la última tabla del suelo. Había tardado dos meses en grabarse en la memoria aquel entramado. Sabía perfectamente qué listones crujían y cuáles gemían al ponerse encima, así que procuraba pisar únicamente los pocos que estaban bien clavados. Esas contadas tiras de roble viejo se habían convertido en sus cómplices. Estaban de su parte y sabía que no iban a traicionarla, y eso no podía decirlo de nadie ni de nada más. Aun así, era la primera vez que intentaba hacer el recorrido a oscuras y tenía que avanzar con cuidado. Iba descalza y contaba hasta diez antes de cambiar el peso de un listón a otro, zigzagueando a cámara lenta por el pasillo principal de la casa.

Pasó por delante de la habitación en la que dormían sus dos hijos mayores. Pensó que, a partir de esa noche, quizá no volverían a pelear por la litera de arriba, aunque no fue más que un mal intento de acallar la conciencia por lo que se disponía a hacer. Se detuvo junto a la puerta de los niños y escuchó el ronquido entrecortado del mediano, regalo de un tabique desviado. Recordaba perfectamente el día en el que se hizo picadillo el cartílago: el chico tiró una lata de pintura en el establo y su padre no se puso precisamente contento. Tenía cuatro años. Annette se apoyó contra la madera maciza del marco de la puerta (otra

cómplice de confianza) y dejó que la respiración nasal del niño le rompiera el corazón lo suficiente como para cortarle a ella el aire, pero no tanto como para hacerle emitir ningún sonido ni derramar ninguna lágrima. Las lágrimas se le habían secado hacía ya mucho tiempo. Se llevó dos dedos a los labios y, muy despacio, depositó el beso de despedida en la puerta.

Miró hacia el suelo, buscó la tabla que tocaba pisar y, luego, la siguiente. Se movía sin parar un instante y tan lenta como un caracol. Le llevó unos minutos llegar a la última puerta a mano izquierda. Se detuvo. Todo lo hizo sin un solo ruido y pensó que sería buena ladrona. Muy despacio, metió bajo el brazo las deportivas de baratillo que había recogido en un contenedor de basura de Waymore, en una salida que pudo hacer sola al valle. Llevaban varias semanas escondidas en el armario, bajo el arcón del ajuar. Eran de hombre y le quedaban dos números más grandes, pero le protegerían los pies de las espinas y las zarzas del bosque. Desde luego, eran mucho mejor que cuanto le permitían tener a ella. Puso la mano sobre el deslustrado pomo de bronce del dormitorio y, tan despacio como pudo, tardó casi un minuto en girar el pomo y conseguir que el pestillo de metal saliera de la cerradura. Había engrasado las bisagras el día anterior a primera hora para que la puerta se moviera sigilosamente. Se tomó su tiempo en abrir esa nueva aliada. Dentro, el bebé estaba dormido. Annette cruzó la habitación a la luz de la luna, poniendo el mismo cuidado en cada pisada, hasta ver cómo subía y bajaba el pecho de su hijo pequeño. Verlo le bastó para reconocer que aún era capaz de llorar. Ante la cuna, las lágrimas comenzaron a encharcarse tras las bolsas oscuras que le cercaban los ojos. Sabía que se le iban a escapar. También estaba segura de que iban a acabar con ella. Las lágrimas. La sal le empañaría la vista y daría un paso en falso o soltaría un sollozo que retumbaría como una sirena en el silencio de aquella casa. La iban a pillar porque era incapaz de controlar las emociones. Y esa sería su sentencia de muerte.

Cerró los ojos y respiró hondo. No tenía que pensar tanto. Lo que tenía que hacer era moverse. La luna se colaba por las

cortinas que había cosido con una sábana vieja y esa luz azul convertía el cabello de color óxido del recién nacido en hilos de cobre relucientes. Se inclinó y con el dorso de la mano alisó los finos mechones que cubrían aquella cabecita tan frágil. Entonces, lo cogió en brazos y se lo llevó al pecho en un movimiento desmañado y rápido que estuvo a punto de hacerle tirar una zapatilla, aunque consiguió sujetarla con el codo en el último momento. El corazón le empezó a latir tan fuerte que la sacudió entera. Se incorporó con los ojos cerrados y siguió petrificada en la misma postura hasta que le pasó el aire, se colocó otra vez bien las deportivas y abrazó al bebé, que comenzaba a desperezarse.

—Shhh —susurró sin apenas voz—, estoy aquí.

Calmado por el calor y la protección de su madre, el niño volvió a quedarse dormido sin protestar. Era lo único que había tenido que dejar en manos de la suerte. Lo único que no había podido planear. Su reacción podría haber terminado con todo, pero su pequeño, el niño bonito de mamá, no iba a ser su perdición aquella noche. Ya le habían arrebatado a dos hijos. A lo largo de los años, había tenido que ver cómo aquel lugar se apoderaba de ellos sin remedio. Pensaba que, cuando los críos crecieran un poco, quizá tuvieran algo de ella, pero no había ni una chispa. En sus corazones no crecía nada más que el hueco negro como ala de cuervo que ya se había adueñado de su marido, de su suegro y de tantos otros de su familia antes que él.

«Pero tú no. —Annette posó la mano sobre la pelusilla cobri-za del recién nacido—. A ti todavía te puedo salvar. Nos podemos salvar el uno al otro».

Se apartó de la cuna, salió de la habitación con el mismo sigilo con el que había entrado y dejó la puerta abierta para que la luz de la luna se derramara sobre el pasillo y le alumbrara el camino hacia la puerta, hacia el bosque y hacia una nueva vida.

Annette llevaba unos meses robando a su marido, nada más que un par de dólares sueltos de aquí y de allá. Por toda la casa había rollos de dinero atados con gomas y fajos de billetes de diez y de veinte dólares, así que estaba segura de que las peque-

ñas cantidades que se metía en la manga o en el sujetador mientras limpiaba no iban a llamar la atención. El dinero para escapar lo había atado con un coletero rojo y estaba enterrado en un bote de mermelada casi al final del terreno, junto a unos árboles del ámbar. También había guardado un poco de pan, un paquete de carne salada de venado y una manta de lana para el pequeño, por si cambiaba el tiempo, aunque al final hacía calor y no llovía. No le iba a hacer falta. Mejor, menos cosas que llevar encima.

La puerta de entrada se abrió con la misma suavidad engrasada que la del bebé. No le hizo falta desbloquear ningún cerrojo. Había, pero nunca los usaban. Nadie se habría atrevido a entrar en aquella casa. La guardaba sellada el miedo, que le quitaba la idea de entrar a cualquier intruso. Lo mismo que a Annette la de salir. Empujó la puerta mosquitera lentamente. Una pequeña tira de cinta adhesiva evitó que el pestillo chasqueara como siempre. La había puesto ella antes de acostarse. Fue una jugada arriesgada y alguien podría haberlo advertido, pero no le quedaba otra. Aquel chasquido a esas horas de la noche habría sido como el cuerno de Gabriel. Incluso le pareció oírlo en la imaginación al empujar la rejilla, como un eco fantasma. Nunca podría olvidar aquel sonido y, por muy lejos que consiguiera llegar, ese ruido siempre iba a perseguirla. Era el de una celda que se cerraba cada noche y la recluía allí dentro con lo mismo que mantenía fuera a los demás.

Cuando llegó al porche, en la oscuridad de la cornisa, cerró la puerta y llegó a los peldaños de piedra de la entrada en dos zancadas. En cuanto atravesara el patio y el terreno que se abría frente a ella, le esperaba la vida con la que soñaba desde hacía casi diez años. Una vida que había evocado con todos sus detalles; iba a ser una vida para ella y para su hijo, lejos de la sangre y de la ira que dominaban su mundo. Sintió que el sudor del cuello se le enfriaba al tocarlo el aire y respiró hondo. En ese mismo momento, notó el olor dulzón del tabaco y del *whiskey* de maíz mezclado con la brisa nocturna, y una capa de hielo le rellenó los huecos que le separaban la piel de los huesos.

«No».

Cerró los ojos y escuchó. Solo se oían los grillos. Nada más, pero no le hacía falta oírlo para saber que estaba ahí. Lo sabía.

Apretó los ojos y abrazó a su hijo tan fuerte como pudo. Tenía el cuerpo paralizado, pero la cabeza iba a estallarle con tantas cosas como se le pasaban por dentro. Rogó a Dios que fueran imaginaciones suyas. Se lo suplicó.

Y Dios le dijo: «¡Corre!».

Pero no se movió y, en ese instante de duda, dejó de existir un Dios con quien hablar y lo único que pasó a haber en el mundo fue el suave chasquido del gatillo del revólver de su marido.

—¿Hay otro hombre? —le oyó decir desde las sombras que tenía a la espalda.

Seguía sin poder moverse, ni para temblar. Era incapaz de hablar. El hielo que le roía los huesos le llegó hasta la sangre y la convirtió en un lodazal de nieve derretida. Los pinos que había en el otro extremo del terreno se mecían a cámara lenta, mientras la distancia que la separaba de ellos se multiplicaba por tres. Ni siquiera podía parpadear, aunque tenía los ojos reseco y congelados.

—Eh, te he hecho una pregunta.

Sabía que no iba a preguntar una tercera vez, así que consiguió sacar algo de voz y respondió con sinceridad.

—No.

—¿Es porque te he pegado?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

Se le pasó por la cabeza mentir, pero sabía que no serviría de nada. Así que calló.

—Has tardado casi diez minutos en recorrer el pasillo. Estaba dormido aquí fuera.

—Yo...

—Si estás pensando en abrir esa boca que tienes para mentirme, la cosa se pondrá todavía más fea de lo que ya está. Te lo voy a preguntar una vez más. ¿Adónde crees que vas?

Annette miró a su hijo y admitió lo que estaba pasando.

—Lejos.

—¿Lejos, dónde?

—Solo lejos. Lejos de ti.

—Da media vuelta ahora mismo. —Lo dijo con una voz que sonó áspera y densa, como la gravilla húmeda.

Annette relajó la tensión que le agarrotaba el cuerpo e hizo lo que le mandaba. Su marido estaba sentado en la mecedora de pino que le había hecho a ella en el primer embarazo. Sumergido en las sombras de la cornisa, oculto hasta que decidió mostrarse y, cuando se levantó, lo primero que vio Annette fue el destello plateado en la mano izquierda. Ya había oído cómo despertaba el Colt y ahora también podía verlo colgado junto a su cadera como un guante de acero, la extensión natural de una mano que Annette conocía muy bien. Sabía lo implacable y despiadada que podía ser. Ahí lo tenía, iba descalzo y solo llevaba unos pantalones de trabajo que habría encontrado por el suelo del dormitorio.

—Mientras tú te dedicabas a ir por el pasillo, vi la cinta que pusiste en la mosquitera. Chica lista. Siempre lo fuiste y eso me encantaba. Tan lista como una zorra. —Ya hablaba de ella en pasado—. Sabía que algún día la joderías. Ayer toda la casa apestaba a lubricante, así que imaginé que era la hora. Engrasaste todas las puertas de casa, no te dejaste ni una puta bisagra. Supongo que echaste esa porquería en todas partes para que no imaginara que, en realidad, estabas preparando la fuga. Estuvo bien pensado, pero justo así la fastidiaste.

No le veía la cara, pero sabía que estaba sonriendo. Hablaba con tanto desdén que le entraron ganas de vomitar.

—Si no hubieras engrasado también la puerta de atrás, me habrías oído pasar cuando ya estabas levantada. —Dio un paso hacia delante y obligó a Annette a bajar del porche—. Quién sabe, quizá habrías podido escapar.

—Espera —respondió, tratando de cubrirse del golpe inminente, pero Gareth no levantó la mano. Se limitó a salir del porche con una sonrisa. Podía verlo perfectamente a la luz de

la luna. La piel le relucía y se veían todas las líneas que le dibujaban los músculos en el pecho y hasta la última vena de los brazos. Había tanta luz que pudo leer su nombre tatuado cerca del pezón izquierdo, justo encima del corazón, como le dijo un día. Recordaba bien aquella noche, porque le pegó con una revista enrollada cuando no quiso hacerse otro igual. También esa noche decidió abandonarlo. Desde entonces, habían pasado casi diez años.

—¿Quieres librarte de mí, Annette?

—Sí —le dijo.

—¿Es porque ya no me quieres? ¿Es eso?

—No, Gareth, ya no te quiero. —Le sorprendió que fuera tan fácil decirlo y supo que a él le había dolido por la forma en que frunció el labio. La ira siempre era su primera respuesta al dolor, así que lamentó haberlo dicho y trató de suavizarlo—: Déjanos marchar, Gareth, por favor. Desapareceré y no volveré a molestarte nunca.

Él relajó el labio y cambió el gesto por esa media sonrisa que tanto había llegado a odiar.

—Te dejaré marchar, Annette. Puedes confiar en mí. —Miró el Colt plateado.

—No lo hagas, Gareth. Ten piedad. Soy tu mujer. Un día me quisiste, ¿no es verdad? Puedes apartarte y permitir que nos vayamos.

—¿Mi mujer? —Gareth pensó en aquella palabra—. Eso era hasta que la muerte nos separe, ¿no quedamos en eso, Annette? Nos lo prometiste, ¿verdad? ¿Es que ya no te acuerdas?

Unas finas lágrimas comenzaron a manchar el rostro de Annette.

—Sí.

Gareth levantó el arma y la apuntó con ella.

—Gareth, espera.

—Cállate. —Avanzó un paso más y le puso el Colt a unos centímetros de la cara.

—Espera —repitió.

—He dicho que te calles. No quiero oír ni una palabra más. ¿De verdad pensabas que iba a permitirlo? ¿Acaso eres tan tonta? ¿Pensabas que iba a dejar que te llevaras a mi hijo?

—Es de los dos —dijo, casi como si le avergonzara. Gareth le arrimó aún más el Colt a la cara y ella bajó la mirada. Estaba descalza sobre la hierba.

—Arrodíllate.

—Por favor, Gareth.

—Vamos. —La gravilla húmeda volvió a su garganta.

«Se acabó —se dijo ella—. Me va a matar aquí mismo». Pensó que iba a enrollarla en una lona, que la lanzaría a la caja de la camioneta y que terminaría en algún vertedero perdido de la cumbre meridional de la montaña.

—Hazme lo que quieras, Gareth, pero no le hagas daño a nuestro hijo.

—¿Que no le haga daño? —Gareth rompió a reír con ganas y miró alrededor, exagerando el gesto—. Tú eres la que estaba a punto de llevárselo del lugar más seguro de esta montaña. Querías meterlo en el bosque con una manta y... ah, espera... —Gareth metió la mano en el bolsillo y le lanzó un fajo de dinero a los pies—. Una manta y los 340 dólares que me has robado.

El dinero ya no estaba en el bote de mermelada, aunque seguía recogido con el coletero. Gareth le dio un tiempo para asimilarlo, mientras la mirada de Annette se apagaba como si fuera de vidrio esmerilado. La mera visión de aquel dinero acabó con el ánimo que pudiera quedarle aún.

Se había enterado. Todo aquel tiempo lo había sabido. Nunca tuvo ninguna oportunidad.

Le fallaron las piernas y cayó de rodillas sin que tuviera que repetírselo. La caída sobresaltó al bebé, que despertó y empezó a revolverse, pero no lo soltó. Miró esa carita redonda y diminuta que algún día sería exactamente igual que la del hombre que tenía plantado frente a ella con un revólver, y la invadió una paz agrídulce al saber que, al menos, no viviría para contemplar aquella transformación. Eso le dio fuerzas para levantar la mira-

da hacia su marido. Quería decirle que iba a arder en el infierno, pero no lo hizo. No pudo: Buckley estaba a unos metros de su padre. El niño mediano llevaba puesta una de sus camisetas, que le llegaba por debajo de las rodillas y dejaba a la vista un hombro blanquecino. Pronto iba a cumplir siete años y no mostró ni rastro de miedo en aquella oscuridad... solo parecía curioso. Annette se limpió el reguero de sal y lágrimas que le caía por la cara y trató de sonar a madre, y no a despojo en pena.

—Buckley, cariño. Vuelve dentro. No pasa nada.

El chico se rascó la cadera, pero no se movió.

—¿Estás bien, tesoro? Haz caso a mamá y vuelve dentro.

—¿Papá? —preguntó el chico mirando a su padre. A pesar de tenerlo cerca, Gareth no bajó el arma.

—Buckley, coge a tu hermano y llévalo a la cuna.

—No —suplicó Annette—. Deja que nos vayamos.

Gareth se acercó tanto que le rozó la mejilla con el cañón de acero del revólver.

—¿Lo has oído, Buck? A la zorra de tu madre no le importáis ni Halford ni tú. Solo quiere largarse con Clayton. Ya no nos quiere, hijo. ¿Qué te parece?

Buckley no respondió, pero fue hacia su madre y extendió los brazos para cumplir lo que le habían ordenado. No tenía sentido negarse a dárselo. Si el padre lo había dicho, el chico iba a hacerlo. Daba igual lo que dijera o quisiera ella. Así que besó en la frente al recién nacido y se lo entregó a su hermano. El bebé empezó a gimotear en cuanto Buckley lo tuvo en brazos y el crío huesudo se las vio y se las deseó para cogerlo bien, pero era fuerte y lo apretó hasta que se quedó quieto; entonces, habló mirándola directamente a los ojos:

—Adiós, zorra.

Aunque apenas lo susurró, esas palabras le retumbaron a Annette en los oídos como un trueno. Se sintió tan vieja y hueca como el tocón de nogal que había en el patio trasero, donde Gareth y ella se sentaban para hacer planes e imaginar cómo sería su vida cuando ni siquiera habían construido la casa. Esos planes ya

no importaban. Nada importaba nada. Nada en absoluto. Rezó para que Gareth esperara al menos a que los niños estuvieran dentro. Hundió la cabeza. De tan vacía que estaba, ni siquiera le quedaban emociones. Gareth empujó con fuerza el cañón contra su mata de pelo castaño y apretó el gatillo.

El percutor golpeó contra la aguja con un chasquido. Annette se encogió y, luego, levantó la vista muy despacio hacia Gareth, que la miraba con unos ojos reducidos a muescas negras, unos ojos que no parecían los de siempre. Estaban húmedos. Annette nunca lo había visto así. Él bajó la pistola, recogió el fajo de dinero y empezó a metérselo a ella dentro de la blusa, mientras Annette contenía la respiración. Fue brusco y le dolió, pero le dio igual. No iba a matarla.

—Te he querido —dijo él, y Annette escuchó en silencio—. Lo he hecho lo mejor que he sabido. —Se pasó la mano por la cara—. Llévate el dinero que me robaste, lárgate de mi montaña y no vuelvas. Si alguna vez apareces o te acercas a mis hijos, este de aquí —levantó el Colt— no estará descargado.

Siguió de rodillas, sin saber qué hacer.

—¿Me has entendido?

Asintió, aunque no era verdad. En el pecho sentía una atracción magnética por él, por aquel hombre, aquel monstruo. Aun así, no se movió.

—Entonces, lárgate. ¡Fuera!

Guardó el Colt en el cinturón y le dio la espalda. Annette lo miró subir los peldaños de casa y despegar la cinta del pestillo. Cuando entró y cerró la puerta, sonó el horrible chasquido, aunque era diferente cuando se escuchaba desde fuera.

Desde la ventana de la habitación que daba al porche, Buckley observó a su madre, que buscó a tientas las zapatillas y se perdió en el bosque como una sombra. El niño apoyó una mano diminuta contra el cristal y apretó. No iba a volver a verla.

«Adiós, zorra».

Mientras, Gareth fue a la cocina, recogió al bebé del frío suelo de baldosas donde lo había soltado Buckley, lo arrulló hasta que

dejó de llorar y lo acostó en la cuna. Sentado en la mecedora junto a la ventana, sacó un *walkie-talkie* del bolsillo, bajó el volumen y pulsó el botón del micrófono.

—Val, ¿estás ahí?

—Sí, jefe. Donde me dijiste. Viene corriendo hacia mi posición.

Gareth dejó el *walkie-talkie* en el regazo, con la mirada perdida.

—Jefe, ¿sigues al otro lado? ¿Qué quieres que haga? Sabe mucho.

—Eso me da igual.

Un largo silencio.

—Es tu mujer, Gareth.

—Eso también me da igual.

No esperó a que el otro respondiera. Apagó el receptor y lo dejó en el suelo. Siguió despierto unas horas, con la esperanza de que la puerta de mosquitera volviera a abrirse, aunque sabía que era imposible.